

BALLENEROS EN LA BAHÍA DE CONCEPCIÓN Y EL GOLFO DE ARAUCO.

Armando Cartes Montory¹

Muy buenas tardes, quisiera comenzar agradeciendo el alto honor que esta Academia me ha conferido, al consentir en mi integración al selecto grupo de sus Miembros².

Aunque soy abogado y estoy dedicado a otros afanes, quiero decirles que me siento muy grato entre marinos y amantes de la historia. Mi padre, también abogado, fue capitán de fragata y fiscal naval. Cuando niño, los días sábados, debí acompañarlo muchas veces a la Fiscalía, que quedaba y queda frente a la Comandancia en Jefe, en Talcahuano; participábamos con gusto en todas las actividades de la Armada. Él le tenía gran cariño a la institución y me lo supo transmitir. Conservo su sable como este Museo conserva el de Arturo Prat. Sé que habría estado feliz por este día.

El tema que he escogido para esta reunión se refiere a los balleneros en la bahía de Concepción y el golfo de Arauco. Es la materia de un libro que escribí, en base a investigaciones y viajes por el sur de Chile y la costa este de Estados Unidos. Lo prologó el miembro de nuestra Academia –ya me atrevo a llamarla así- don Mateo Martinic, con palabras injustamente elogiosas.

Quisiera contarles la historia de esta investigación, antes de llegar al tema que nos convoca. Una breve referencia en el documentado libro de Eugenio Pereira Salas, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1778-1809*, me advirtió de la existencia de *Mocha Dick, the White Whale of the Pacific*, por Jeremiah N. Reynolds. Una historia breve publicada en 1839, en una revista norteamericana, sobre una ballena blanca que enfrentaba con furia

¹ Abogado, Historiador; Presidente de la Sociedad de Historia de Concepción; Master of Laws y Magister © en Historia; autor de varios libros sobre historia regional.

² El presente trabajo es la versión editada de la Conferencia dictada por el autor en la Sesión Ordinaria de 30 de octubre de 2007, con ocasión de su incorporación a la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile, en calidad de Miembro Correspondiente.

a sus cazadores, en las frías aguas del Pacífico Sur. Ya habían mencionado el relato Enrique Bunster y Renzo Pecchenino. Y esa novela era nada menos que la principal inspiración de Moby Dick, la novela principal de Herman Melville, y más aún, de la literatura norteamericana. Una novela que expresa el incipiente sentimiento nacionalista, en la primera industria global norteamericana, la caza de ballenas. Y los hechos de esa novela habían ocurrido nada menos que en la cercanía de la isla Mocha, frente a las costas de Arauco. Decidí emprender entonces mi travesía en busca de Mocha Dick, por los puertos e islas de Chile y por los pueblos balleneros de Estados Unidos. En busca del texto y de la “conexión noratlántica” de la actividad ballenera en nuestros mares. Mi intención, con ello, era poner en valor una página desconocida, mas de mucho interés y significación, de nuestra propia historia marítima. Mi libro da cuenta del resultado de esa búsqueda.

Recorrí Mystic Seaport, el fantástico puerto museo, que incluso conserva el último barco ballenero de madera a flote de Estados Unidos, el *Charles Morgan*, que estuvo dos veces en Talcahuano. Recorrí New London, base principal de la fuerza de submarinos norteamericana –al igual que Talcahuano- donde se conserva el *Polaris*. De ese puerto zarparon barcos balleneros que recorrieron todos los océanos, en expediciones que solían durar varios años. De New London solamente, se calcula que zarparon unas mil expediciones balleneras, que habrán requerido unos 25 mil marineros. En esos puertos, durante gran parte del siglo XIX, se “comía, tomaba y respiraba la caza de ballena”. Estuve en la isla de Nantucket y en la ciudad de New Bedford. Hoy en día, situada no muy lejos de Boston, es una ciudad de unos cien mil habitantes. Mantiene, sin embargo, mucho del aspecto que tenía a mediados del siglo XIX, cuando era el centro de la industria ballenera norteamericana: calles adoquinadas, edificios patrimoniales y mansiones de antiguos armadores y capitanes balleneros. Su distrito histórico contribuye a mantener vivo un legado valioso para la historia marítima de Estados Unidos y del mundo.

Su museo, el New Bedford Whaling Museum, contiene la colección más grande y extraordinaria de objetos balleneros y marítimos de Norteamérica: esqueletos de cetáceos, implementos del oficio, bitácoras de viejos barcos; y muchos objetos más. Frente al Museo Ballenero se encuentra la *Seamen’s Bethel*, la capilla de los marineros, que presta servicios desde 1832. Allí acudió Herman Melville, como todos los que se embarcaban en una expedición ballenera, antes de zarpar él mismo en el *Acushnet*, en 1841.

¿Y qué pasaba con *Mocha Dick*? Ni aun en el museo de New Bedford pude encontrar el texto. Actualmente, por supuesto, se halla –como casi todo– en Internet. No era así, no obstante, cuando recorría las calles adoquinadas de aquel puerto de Nueva Inglaterra, en 2003. Probé suerte, entonces, en la tienda de un viejo librero, quien me contó que llegó a poseer más de cuatro mil títulos sobre la caza de ballenas, pero que se estaba retirando. Le pregunté por *Mocha Dick* y dijo que lo conocía, aunque creía haberlo vendido. Revisé sus anaqueles, ya con ansiosa desesperanza y de pronto, en una cuidada edición empastada de 1930 y con grabados de madera, emergió *Mocha Dick*.

Tras una breve negociación, se acordó por fin el regreso de *Mocha Dick* a Chile. Cuando le comenté del libro al director de una importante editorial, se interesó de inmediato en reimprimirlo, en versión bilingüe, con un prólogo mío. Hicimos varias gestiones, que resultaron infructuosas. Pero todo ocurre por algo. Durante los años siguientes seguí reuniendo material, investigando. Recorrí las balleneras de la isla Santa María y la Mocha, de Corral y de Chome; los museos de Llico, Arauco y varios otros puertos y caletas; hablé con viejos marinos. En todas partes encontré vestigios; y por fin este año, en la monstruosa Biblioteca del Congreso norteamericana, pude completar mi investigación. El prólogo ahora era un libro y *Mocha Dick* un anexo. El tiempo no había pasado en vano.



El autor frente a la bahía de los Ingleses, con Damián Muñoz,

hijo de un antiguo ballenero, en la isla Santa María.

El libro se llama *Los Cazadores de Mocha Dick. Balleneros chilenos y norteamericanos al sur del océano de Chile*. Habla de la industria norteamericana de la caza de la ballena en la época heroica; de las ballenas en la mitología y la vida diaria mapuche; la presencia de los cetáceos en el Chile colonial, a través de los cronistas; la caza de la ballena en Chile, durante los siglos XIX y XX; en especial en la región del Bio Bio. Allí existió la empresa de mayor duración en el mundo, Macaya Hermanos, que cazó el 21 de mayo de 1983, el año de la moratoria, la última ballena capturada en Chile, un rocuál o *right whale*, cuyo esqueleto se encuentra expuesto en los jardines de la Universidad de Concepción. Trata el libro de los balleneros norteamericanos en Chile. Cuesta imaginar, por ejemplo, que Talcahuano fue el principal puerto ballenero del Pacífico Sur; que en 1834 más de 150 barcos de esta clase atracaron allí, 54 de ellos norteamericanos. Si hasta existe una canción llamada “Talcahuano girls” que habla de las mujeres no siempre bellas, pero siempre generosas del puerto. Y finalmente de los antecedentes históricos y literarios de Mocha Dick. Hay muchos datos originales, por lo que me atrevo a asegurar que el libro despertará gran interés en Chile y Estados Unidos. Habla del terror y la utopía de los antiguos balleneros, de los cazadores y sus presas. Es una historia de crueldad y heroísmo, pero también de conservación y esperanza.

En esta ocasión, por supuesto, no podemos cubrir todos esos tópicos; sólo nos referiremos a la antigua presencia de la ballena en la cultura mapuche y, ya en tiempos republicanos, a la actividad de balleneros chilenos en las costas, islas y bahías de la región del Bio Bio.

“YENE” EN COSTAS Y TIERRAS MAPUCHE

En el sur chileno, en tanto, las ballenas tenían una presencia precolombina. Diego de Rosales apunta que, “*entre los indios, la comun de hombres y mujeres dizen que, en muriendo, van sus almas a la otra banda de el mar, a comer papas negras*”. Eran las ballenas (“yene”) las encargadas, según los mapuche, de transportar las almas de los difuntos hacia el *Wenumapu* o Tierra del Cielo. En algunas zonas estas ballenas eran llamadas *Tempulkalwe* y cumplían una función similar a la del balsero, denominado también *N’ontufe* o *Tempilcahue*. Se dice que para retribuirle su servicio es

necesario entregarles a las *Tempulkalwe* cuentas de piedra color turquesa (“*llancas*”) o de vidrio (“*chaquiras*”). Las ballenas son viejas mujeres mágicamente transformadas en cetáceos, que realizan su tarea a la caída del sol de cada día y que ningún ser humano puede ver. Montados sobre su enorme lomo, los difuntos son llevados hacia su morada definitiva³.

Las almas de los mapuches que mueren son conducidas por estos grandes animales hasta la isla Mocha. Se iban a vivir a la isla situada frente a las costas de Arauco, donde encontraban paz y tranquilidad. Desde allí continuaban en una balsa fúnebre hacia una ignota región situada a Occidente, más allá del horizonte marino. Los isleños también creían que si una ballena pasaba cerca de las costas de la Mocha, una lancha iba a hundirse⁴.

Los mapuche utilizaban los huesos de la ballena, livianos y resistentes, para la confección de sus tejidos. El *huitral* o telar araucano consiste esencialmente en un marco rectangular de madera, formado por cuatro palos más o menos derechos, que se cruzan en ángulos rectos. Los dos palos más largos que alcanzan a dos metros y medio a tres están destinados a soportar todo el peso del telar, apoyados en sus extremos más gruesos en el suelo y por el otro contra el techo de la ruca. La confección de un tejido bien hecho por medio del telar mapuche requiere de parte de la tejedora tiempo, fuerza y habilidad. Para tejer la trama se utiliza el *Ñirehue*, que es una especie de paleta de madera dura y pesada con forma de hoja de cuchillo. Sirve para golpear la trama mientras se teje, de manera de darle firmeza al tejido⁵. Antiguamente eran de huesos de ballena que encontraban en la costa. En el museo de Arauco se exhiben estos singulares elementos. El Museo Stom de Concepción posee también una colección notable, de alrededor de 20 piezas.

³ Cfr., Tomás Guevara, *La Civilización de la Araucanía*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1898-1902; Fray Félix José de Augusta, *Diccionario Araucano-Español y Español-Araucano*, Editorial Kushe, Temuco, 1991; Sonia Montecino, *Sol viejo, sol vieja. Lo femenino en las representaciones mapuches*, Edición CEDEM, 1995.

⁴ Audina Soto Estuardo, *La Mocha. Historia de mi isla*, p. 57; Camilo Taufic, *Moby Dick, la ballena mapuche*, La Nación Domingo, 25 de septiembre de 2005.

⁵ Alejandra Martínez, *El Lenguaje de la Luz del Sur*, en: Pilar Alvarez S. y Amilcar Forno, *Fütawillimapu*, Eds. CONADI, 2001.



Telar mapuche o ñirrehue.

En la toponimia araucana, por otra parte, se halla presente la ballena o *yene*, como resabio inequívoco de su abundancia de otrora. *Yene* es la voz que consigna Rodolfo Lenz, citando a Rosales y a Molina, a quienes también hemos recurrido y a Claudio Gay (Zoología, VIII, 486) y significa “ballena grande”⁶. Cerca de Los Alamos, en la provincia de Arauco, existe la localidad de *Yeneco*. El *Glosario Etimológico* de Valenzuela, en 1918, señala lo siguiente sobre el lugar: “un fundo de la comuna de Lebu, de *yene*, ballena y *co*, agua= agua de la ballena”. Registra también la existencia de *yenechico*, o “agua de estornudo de ballena”, (probablemente el espauto), que es “un arroyo que entra al mar al norte de la boca del Toltén”⁷.

⁶ Rodolfo Lenz, *Voces Chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1905-1910, n° 1481, p. 782.

⁷ Fr. P. Armengol Valenzuela, *Glosario Etimológico de nombres de hombres, animales, plantas, ríos y lugares y de vocablos incorporados en el lenguaje vulgar, aborígenes de Chile y de algún otro país americano*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1918, vol. II., p. 473.

En la costa de Arauco, al sur de punta Lavapié, se encuentra Puerto Yane. Hacia 1900, fue un puerto de cierta importancia, dotado de un “magnífico muelle”, que servía para la exportación de los laboreos del carbón de piedra, según Espinoza y de los productos agrícolas de sus contornos. Tenía entonces 500 habitantes y estaba unido a las minas de Huena Pidén por un ferrocarril de 15 kilómetros⁸. En textos antiguos, según el *Diccionario Jeográfico de Chile* de Luis Risopatrón recibe diversos nombres: puerto Yanes, caleta Yana, Yani y aún Yañez; en todo caso, nadie niega su etimología ligada a la ballena⁹.

BALLENAS EN LA BAHÍA DE CONCEPCIÓN

Hasta el siglo XIX, las ballenas eran abundantes. Se congregaban numerosas frente a las playas de la antigua Concepción. El espectáculo notable, se hallaba exento de novedad para los habitantes; no así para los navegantes y viajeros, que lo describen con entusiasmo. Veamos apenas dos testimonios:

En febrero de 1816, la nave *Rurik* ancla en Talcahuano. Trae a bordo una expedición científica y comercial, que dará la vuelta al mundo, al mando del explorador ruso Otto von Kotzebue. En la relación de su viaje, el navegante anota: “Hay numerosas ballenas en la bahía de Concepción, que arrojaban su chorro de agua. Una de ellas tuvo la audacia de salir un pie a la superficie y apoyarse contra el Rurick; así, tuvimos la oportunidad de observarla de cerca e incluso la oímos respirar”¹⁰.

Al gran navegante francés La Pérouse, que arribó a la bahía en el verano de 1793, en las fragatas *l’Astrolabe* y la *Boussole*, le ocurrió una experiencia parecida. Luego de dos meses en Concepción, su partida estuvo acompañada por un no menos audaz grupo de estos grandes mamíferos acuáticos. Al mediodía del 17 de febrero, una leve brisa del sudoeste le permitió aparejar y condujo sus naves a dos leguas de la bahía. Allí permanecieron detenidas por los vientos contrarios y el fuerte oleaje. “Estuvimos toda la noche rodeados de

⁸ Enrique Espinoza, *Jeografía Descriptiva de la República de Chile*, Imprenta, Litografía I Encuadernación Barcelona, Santiago, Quinta Edición, 1903, p. 419.

⁹ Luis Risopatrón, *Diccionario jeográfico de Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1924, p. 947.

¹⁰ Otto von Kotzebue, *Voyage of Discovery into the South Sea and Bering’s Straits*, London, 1821, vol. 1, ps. 124 y 125.

ballenas, escribe la Pérouse, nadaban tan cerca de nuestras fragatas, que resoplando arrojaban a bordo su chorro de agua”¹¹.



Establecimiento ballenero en la isla Quiriquina. Dumony d'Urville, 1838.

Un siglo después, aunque la caza ya se desarrollaba masivamente en la zona, según veremos, todavía los grandes mamíferos eran numerosos. Así lo observó el viajero alemán Paul Treutler, al pasar frente a la latitud de Talcahuano, el 13 de enero de 1851, en camino a Valparaíso. Se hallaba embarcado en el velero de tres palos *Phoenix*, en viaje a América del Sur, por la ruta del cabo de Hornos. “Un espectáculo interesante nos ofrecieron ese día, en que reinaba calma chicha, escribe, una gran cantidad de ballenas que nadaban muy cerca de nuestro buque en las aguas verdes del mar y echaban al aire sus elevadas columnas de agua”. Para entonces, sin embargo, los balleneros se esmeraban sin tregua en dar caza a los cetáceos. La implacable persecución pronto comenzaría a mermar la población, de manera aparentemente irreparable.

LA INDUSTRIA NACIONAL

¹¹ John Dunmore y Maurice de Brossard, *Le Voyage de La Pérouse, documents et récits originaux*, Imprimerie Nationale, Paris, 1985, p. 59.

La industria ballenera nacional, a pesar de la ventaja que representaba la abundancia de cetáceos en los mares de Chile, tuvo un desarrollo tardío. Alcanzó importante presencia, sin embargo, en diversas regiones del país. Se extendió hasta la década de los 80 del siglo pasado, cuando la moratoria internacional y la disminución de las poblaciones hicieron imposible su continuidad.

Durante la Colonia sólo se aprovechaban los ejemplares que varaban naturalmente en las costas. A fines de aquel período e inicios de la República, se avanzaron varios proyectos, emulando la intensa actividad de los cazadores ingleses, franceses y norteamericanos. En general, no obtuvieron resultados prácticos.

Incluso Bernardo O'Higgins llegó a considerar una iniciativa, para instalar una pesquería de esta clase, en Talcahuano, durante su exilio en Montalván. Hasta allí llegó a visitarle, anota Valencia Avaria, “un señor Crabtree, de vastas vinculaciones comerciales, con quien trató de un plan para el fomento de la pesca de la ballena, con base en Talcahuano. Crabtree tomó interés en el proyecto y lo consideró viable, pero la situación en que se debatía Chile, su incapacidad para proporcionar las garantías y el apoyo requerido, exigieron postergarlo”¹².

Apunta Mateo Martinic que, “hasta 1880, los cazadores de bandera extraña fueron prácticamente los únicos que se ocuparon de las ballenas en el mar de Chile”¹³. En verdad, hubo algunas iniciativas previas, que veremos, en especial en la actual Región del Bio Bio, pero que no alcanzaron un carácter industrial.

Recién en 1890, aparece la Compañía Chilena de Balleneros -*Chile Whaling Company*- en los registros del Lloyd's de Londres y es mencionada por última vez en la edición de 1920-1. En 1912, era dueña de tres viejas barcas de madera: la *Josephine*, construida en Maine, EE.UU., en 1877; la *Pescadora* y el *Nautilus*, construidos en Prince Edward Island, Canadá, en 1876; y en New Bedford, en 1851¹⁴.

¹² Luis Valencia Avaria, *Bernardo O'Higgins, El Buen Genio de América*, Editorial Universitaria, 1980, ps. 437 y 438.

¹³ Mateo Martinic, *Antecedentes históricos sobre la caza de cetáceos en Chile*, Boletín Antártico Chileno, Vol. 23 n° 1, mayo 2004, p. 7.

¹⁴ Jorsep, *La epopeya de la industria ballenera chilena*, Revista de Marina, N° 6, 1997. Según el mismo texto, en el Libro 245 de Patentes de Navegación otorgadas por el Gobierno de Chile, entre 1867 y 1880, figura el registro

En el sur de Chile, en Talcahuano, Valdivia, Chiloé y Punta Arenas, se organizaron diversas empresas, que llegaron a extender sus operaciones desde el Ecuador hasta la Antártida chilena. Nos concentraremos en aquellas que operaron en la región del Bio Bio.

BALLENEROS DE TALCAHUANO Y EL GOLFO DE ARAUCO

Los primeros antecedentes de la ballenería en la Octava Región, según Luis Salvo, datan del año 1840. Ese año el pionero José Olivares, hijo de españoles nacido en Constitución, cazaba cachalotes y ballena jorobada con arpón de mano. Su actividad derivó en una empresa con tradición familiar, pues luego la continuaron sus hijos Artemio, Rodrigo, Manuel y Gilberto Olivares hasta el año 1944. Su varadero de ballenas se hallaba en la caleta Tumbes. El aceite que obtenían en las capturas, lo vendían a la familia Maritano de Talcahuano¹⁵.

Durante el siglo XIX, varios empresarios regionales tentaron suerte en la caza de ballenas, en las bahías de Concepción y Arauco y aun más allá, en toda la costa del Pacífico sur. A fines de la década de los sesenta, Pedro del Río Zañartu, agricultor y destacado filántropo penquista, formó una sociedad en Talcahuano, la que fue dotada de nueve excelentes barcos. Además, trajeron de Estados Unidos materiales y trabajadores expertos para la construcción de embarcaciones menores. En un inventario manuscrito, fechado en febrero de 1918, figura el nombre de dos de esas naves, los balleneros “Tumbes” y “Bio Bio”¹⁶.

La empresa no prosperó. Relata don Pedro: “*Hubimos de liquidar la Sociedad por la ninguna protección del gobierno, costándome a mí, uno de los socios, 30 mil pesos oro de 48 peniques, como también fuertes sumas a mis ya fenecidos amigos Burton, Trumbull, Fuentes, García, Mathieu y Brañas*”¹⁷. En los jardines de su antigua casona, hoy Monumento Nacional, ubicada en el

220, en el que consta la solicitud de Enrique A. Howland gerente de la Compañía Chilena de Balleneros, con sede en Valparaíso, para que se le otorgue patente de navegación al buque *Jane Martin*, concedida el 7 de julio de 1880.

¹⁵ Salvo González, Luis, *Historia de la industria pesquera en la Región del Bio Bio*, Asipes, Santiago, 2000, ps. 62-66.

¹⁶ Armando Cartes Montory, *Pedro del Río Zañartu. Patriota, Filántropo y Viajero Universal*, Editorial Anibal Pinto, Concepción, 1997, p. 93.

¹⁷ Pedro del Río, *Tercer Viaje en torno al Mundo*, Litografía e Imprenta Soulodre, Concepción, 1912, tomo II, p. 504.

Parque Pedro del Río Zañartu, que el filántropo donara a la ciudad de Concepción, se encuentra un esqueleto de cachalote, capturado en el cercano Chome. Entre las colecciones que conserva el Museo del Parque, hay también dos curiosas sillas, construidas con huesos de ballena.

Varios de los socios de Pedro del Río perseveraron en la actividad ballenera, con mejor suerte. La sociedad *Mathieu y Brañas* estableció una tonelería para guardar aceite y esperma. Fue la firma ballenera más destacada de Talcahuano, entre los años 1860 y 1921. En 1882 llegaron a adquirir una barca ballenera norteamericana. Era la ex *Matilde Lears*, que matricularon en 1882 con el nombre de *Mathieu y Brañas*. Este viejo buque, de 213,59 toneladas de registro, había sido construido en 1856 en New Bedford y navegó muchos años bajo pabellón norteamericano antes de cambiar su matrícula por la de Talcahuano¹⁸. La firma de David Fuentes, a su vez, con su barca *Ana Aurora*, también competía en el negocio ballenero. Hacia 1872 la industria ballenera de Talcahuano empleaba a 50 personas, tenía ocho embarcaciones menores y producía 5.900 galones de aceite al año.

Al comenzar el siglo XX, ambas empresas ceden el campo a la casa de Toro y Martínez, sociedad de armadores que por más de veinte años mantiene sus veleros tras las rutas de ballenas y cachalotes. La barca ballenera de Mathieu y Brañas fue traspasada en 1895 a Toro y Martínez, que la rebautizó con el nombre de la sociedad. Por diez años aún siguió zarpando, dos o tres veces al año, cada vez más achacosa, comidos sus fondos por la insaciable broma de mar, en expediciones orientadas generalmente hacia el Pacífico norte. En 1905, “la *Mathieu y Brañas* se rebeló contra cuarenta y nueve años de dura explotación y sus hombres a duras penas alcanzaron a entrar de arribada al puerto de Paita, Perú, con el casco haciendo agua por todos lados”. Allí fue rematada y desguazada.

En 1903, Toro y Martínez adquirieron la barca *Ana Aurora* a don David Fuentes y la rebautizaron *Gabriel Toro*. Este era otro viejo cascarón, construido en New Bedford en 1863 y de 354 toneladas de registro. “Pequeño, fuerte, duro. Atezado y sombrío, no era, ciertamente, modelo de esbeltez y donosura”¹⁹. Emprendía rumbo a latitudes australes o hacia las aguas tropicales del Ecuador o Colombia, en viajes de varios meses de duración. En uno de estos viajes, la barca *Gabriel Toro* hubo de ser abandonada, el 6 de Noviembre de 1909, y sus hombres recogidos por el vapor *Transport*. Había

¹⁸ Revista de Marina, *Los últimos balleneros en Talcahuano*, marzo-abril, 1972.

¹⁹ Idem.

derivado hasta las cercanías del cabo de Hornos y allí, desmantelada y barrida por los temporales, terminó su existencia.

El último velero ballenero que lució los colores nacionales fue la fragata, *James Arnold*. Fue adquirido a sus dueños norteamericanos por Toro y Martínez y llegó a Talcahuano en 1896. Mantuvo su nombre sajón, probablemente el de algún antiguo armador de New Bedford. De apenas 324 toneladas de registro, mantuvo también su aparejo de fragata hasta el fin de sus días útiles.

Hizo más de sesenta viajes redondos en poder de Toro y Martínez, hasta que en 1921 la firma liquidó sus actividades y la vendió a José Maritano, también de Talcahuano. Para la época ya habían desaparecido los veleros balleneros nacionales, tragados por la mar o destrozados por los desguazadores. Hizo aún dos viajes, en 1921 y 1922. Sus últimas dotaciones se componían de un capitán náutico, otro de pesca, dos o tres pilotos y veinte a veinticinco hombres. A partir de 1923 quedó de para en Talcahuano. Fue desmantelada y acondicionada como chata o falucho de carga y vendida a la Armada Nacional para el transporte de carbón, a remolque, de Lota y Coronel al Apostadero de Talcahuano. Cargada de carbón, se hundió unos años más tarde.

La firma Maritano Hnos., que había adquirido el *James Arnold*, dejó pronto de explotar el negocio, pero quedaron hombres como don Juan Osorio, nacido y criado en el puerto de Talcahuano, que por su edad no pudo seguir en su profesión. Antes de fallecer, señala Eduardo Moreno, narraba hechos y anécdotas con sabor a aventuras en las cuales participó²⁰.

A principios de siglo XX, desde la caleta de Tumbes, los hermanos Nicolás y Luis Becar, oriundos de Lebu, dueños de las chalupas *Candelario del Carmen*, *Jote* y *Albamar*, se dedicaron a la caza de la ballena en forma artesanal²¹. Beneficiaban los cetáceos en las playas y vendían su aceite a la familia Maritano. Su actividad se extendió hasta el año 1948.

En Coronel, hubo también intentos pioneros de caza de ballena. Honorio Fouque, nacido en Francia el año 1901, llegó a Chile con sus padres en 1908, radicándose a Talcahuano. Su padre Armand Fouque, capitán de la Marina

²⁰ Eduardo Moreno Espíldora, *El Libro de Oro de Talcahuano*, Concepción, 1964, ps. 177-181.

²¹ Salvo, op. cit., p. 65.

Mercante de Francia, vino a Chile para los trabajos de la construcción del Dique nº 1 de la Base Naval de Talcahuano.

En la playa de Coliumo, en la bahía de Dichato, en el sector conocido como “las Churretas” de la Caleta Los Morros, pescadores venidos de Tumbes instalan una ballenera artesanal, dotada de cuatro botes²². Más al sur, en el puerto de Lebu, la caza de ballenas alcanzó una apreciable importancia, aun antes que la industria carbonífera comenzara a desarrollarse. En marzo de 1862, previamente a la fundación de la ciudad, se instaló en la playa de Boca Lebu una faena ballenera. Ese año y el siguiente la Gobernación Marítima de Talcahuano otorgó permisos de caza a José Morán, José Olivares y Ramón Pacheco²³. Venían desde Tumbes y establecieron su base en la misma caleta, la cual pasó a llamarse “caleta de los Balleneros”. Durante 1863, informaba el periódico penquista *La Tarántula*, de 9 de marzo de 1864, se cazaron en las costas de Lebu al norte 13 ballenas y 90 lobos de mar, que ocuparon a 90 individuos y catorce embarcaciones menores.

La actividad ballenera se mantuvo por algunos años más. En abril de 1864 el gobernador de Arauco apuntaba: “No hace muchos días que se ha hecho en la boca del río la pesca de dos ballenas que han dado felices resultados. Esto, si se quiere, es un signo de porvenir para la industria de aquella localidad”²⁴. A principios del año siguiente, Felipe Godomar, subdelegado de Gobierno en Lebu, informaba al gobernador que en la boca del río se había establecido una pesca de ballena por pescadores que vienen todos los inviernos desde Talcahuano y que allí tenían sus casas y útiles²⁵.

La isla Santa María, situada frente a Lota, fue el escenario del más notable emprendimiento ballenero del sur de Chile. Se debió al empuje de un pionero, hijo de inmigrantes españoles, quien, secundado por sus hijos y luego por sus nietos, mantuvo activa por casi un siglo la llama de la actividad ballenera. Nos referimos a la Ballenera Macaya, fundada por Juan Macaya Aravena. Un autor la califica de “la compañía ballenera más antigua del mundo que aún operaba en la década del 70”²⁶.

²² Cabrera Bastías, Francisco, *Crónicas y Leyendas de Coliumo*, Tomé, 1998, p. 27.

²³ Memoria de Marina, 1862.

²⁴ Memoria del Gobernador de Arauco de 1864 citado en: Alejandro Pizarro, *Lebu, de la Leufumapu a su Centenario, 1540-1962*, Editorial e Imprenta Nielol S.A., Santiago, 1994, 2ª edición.p. 114-115

²⁵ Informe del Subdelegado Felipe Godomar de 04 de mayo de 1865, citado en idem, p. 115.

²⁶ Jorsep, *La epopeya de la industria ballenera chilena*, op. cit.

Juan Macaya Aravena nació en Lota en 1859, donde estudió y creció. Fue casado con María Trinidad Medina y tuvieron doce hijos, entre los cuales había diez varones. Se orientó al oficio de ballenero y, acompañado siempre por aquellos, organizó la empresa “Juan Macaya e Hijos” en 1932. Falleció en Talcahuano en 1944²⁷.

Se trasladó a la isla Santa María en 1883, dedicándose a labores de pesca y como contratista de la Armada; también fue buzo de escafandra y finalmente ballenero. En la primera época se trabajaba en condiciones muy precarias. Los pescadores habitaban en chozas, sin comodidad ni higiene, ni apoyo de las autoridades. En la isla se vivía aislado del continente, sin un medio seguro de comunicación. Se trasladaban en chatas y chalupas, a vela y remo, que maniobraban hábilmente. Los naufragios, no obstante, eran frecuentes.

Juan Macaya fue un verdadero patriarca en la isla. Hizo construir un local para escuela en puerto Norte, viajó a Arauco y trajo un profesor. Gracias a esta labor, muchos de los isleños, de otra manera analfabetos, llegaron a ser oficiales de la Marina Mercante y hombres de provecho para la patria²⁸. Fue también juez de Subdelegación, ad honorem, dependiente del Juzgado de Arauco y alcalde de mar; funciones no rentadas, pero que le granjearon el respeto y el aprecio de toda la comunidad. En su homenaje, existe en Santa María el puerto Macaya.

Fue heredero de una tradición ballenera portuguesa a través de su pariente, Juan da Silva. Proveniente de Lisboa, había aprendido en las Azores a cazar ballenas, con los norteamericanos. Se radicó en Lota y fue el mentor de Juan Macaya en el arte ballenero²⁹. Éste, en 1932, dio forma a la *Compañía Chilena de Pesca y Comercio Juan Macaya Aravena e Hijos*, en la isla Santa María. Se dedicó con fuerza a la actividad ballenera, logrando establecer una industria respetada incluso en el extranjero, que dio trabajo a muchos isleños. “Para 1939-40, sostiene Mateo Martinic, era probablemente la compañía ballenera en operación de mayor actividad en el mundo”³⁰.

²⁷ En esta parte seguimos, a menos que se indique otra cosa, la monografía de Juan Hernández Aguayo, *Donde Viven las ballenas. Actividades balleneras en Isla Santa María y Chome del pionero Juan Macaya Aravena*, (Editorial Anibal Pinto S. A., Concepción, 1998).

²⁸ Op. cit., p. 20

²⁹ Luis Salvo González, *Historia de la industria pesquera en la Región del Bio Bio*, Op.cit.

³⁰ Mateo Martinic, *Antecedentes históricos sobre la caza de cetáceos en Chile*, Boletín Antártico Chileno., Vol. 23 n° 1, mayo 2004, p. 8.

Buscando un mejor desarrollo, en 1950 la compañía se trasladó al continente. En la isla quedaron las instalaciones que no pudieron llevarse. En medio siglo, el oleaje implacable ha reclamado las laderas de la playa, arrastrando los restos. Como en Corral, sólo encontramos la poza y algunos vestigios dispersos.

Volvamos al continente. La firma Macaya se instaló en la caleta Chome, parte del Fundo Los Lobos, ubicada en la península de Hualpén. Ésta forma parte de la comuna de Hualpén, de reciente creación y es Santuario de la Naturaleza³¹. El lugar fue seleccionado por Jorge Silva Macaya; el predio se adquirió a la familia Brangier, franceses avecindados en Talcahuano³². Los Macaya conservan el predio en la actualidad.



Planta ballenera de Macaya, en Chome.

³¹ El Santuario tiene una superficie de 2.622 hectáreas y colinda con el litoral marino del océano Pacífico. Fue establecido por Decreto Supremo n° 556, de junio de 1976. Sobre el Santuario de Hualpén, Cfr. Armando Cartes Montory, *Pedro del Río Zañartu, Patriota, Filántropo y Viajero Universal*, op. cit., ps 246-250.

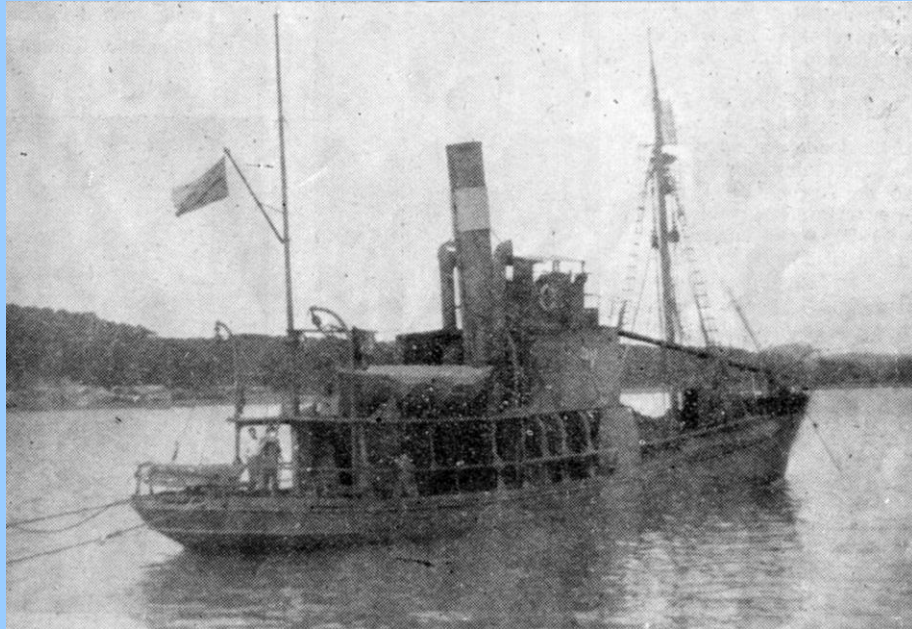
³² Diario *El Sur*, 19 de noviembre de 2004.

Los hermanos Jorge, Héctor y Anselmo Macaya Silva, a su vez, fueron capitanes balleneros de la empresa Macaya Hermanos. Los tres nacieron en la isla Santa María, en los años 20 del siglo pasado. Comandaron las naves de la empresa, del *Juan I* al *Juan IX*. Jorge Macaya capitaneaba el último, cuando la compañía dejó de operar, en 1982. En síntesis, una verdadera empresa familiar que logró sobrevivir casi un siglo; una verdadera proeza, en cualquier rubro.

Los comienzos fueron muy artesanales. “Los hijos de Juan Macaya salían de madrugada en chalupas a remo, vela y arpón de mano. Navegaban hacia el weste hasta que la isla se perdía de vista, y cuando llegaba la noche les encendían grandes fogatas en la parte alta, para que se orientaran en su regreso”. Cuando arribaban al puerto con el cachalote o ballena, varias yuntas de bueyes ayudaban a vararlo. Las lonjas de tocino se llevaban a los cocedores, de más de 400 litros cada uno. Luego se continuaba el proceso, hasta que se llenaban los tambores de 200 litros, en que se llevaba el producto al continente para su comercialización. Este trabajo producía gran movimiento entre los isleños. Las mujeres se preocupaban del agua, la leña y la comida. Los trabajadores y sus familiares eran alimentados con guisos a base de mariscos y pescado.

Hacia 1930, todavía se acercaban muchas ballenas a la isla. Los conoedores las reconocían por la forma de su espauto o resoplido. Sus apodos solían ser la chilenización del nombre inglés. Así, había *Alfaguara*, *Raituel* (Right whale), *finbaqui* (Finback whale), *Ceibal*, *Ambaqui* (Humpback) y *Quila* o Matadora (Killer Whale). Los cachalotes eran llamados “*espamuel*”, como derivación de “sperm whale”³³. En Chile, se consumió carne de “Finbaqui”, Ceibal y Bryde, por ser blandas, de buen sabor y de menor costo que la carne de vacuno. Todas cayeron bajo el arpón de los Macaya. Una vez capturadas, se acoderaban al costado de las naves y se llevaban de inmediato a la planta, antes que las afectara la descomposición. En nuestro país, en todo caso, no hubo gran tradición de consumo humano, pero se le utilizaba como suplemento dietético, en la elaboración de comida para animales.

³³ Ernesto Greve, *La Vida Marinera en su relación con la pesca y caza*, tirada aparte de la Revista Chilena de Historia y Geografía, Santiago, 1948, p. 315.



Buque cazador de la ballenera Macaya.

En 1933 la empresa adquirió en Valdivia su primer barco, el *Caupolicán*, para remolcar cetáceos. A esta nave de madera le siguió una de fierro, el *Atlas*, comprado en Puerto Montt. El barco no contaba con radar u otros instrumentos modernos de navegación. Había que confiar en la experiencia del capitán. En 1944, Macaya Hermanos compró el *Juan I* a la Compañía Industrial (el ex *Indus II*). Un cañón instalado en la proa permitía disparar a los cetáceos desde 80 metros de distancia. En Terranova, Canadá, fue adquirido el *Juan II*, que marineros ingleses trajeron hasta Talcahuano. Tres naves posteriores fueron adquiridas a los ingleses en las Falklands, cuando éstos renovaban la flota ballenera³⁴. Después vinieron otros barcos, todos de segunda mano. Estos eran anticuados y tenían un reducido radio de acción. Su velocidad no podía igualar a los cetáceos. Su desempeño tuvo siempre, en consecuencia, un componente artesanal. La habilidad, el valor y la experiencia de las tripulaciones era un elemento esencial de su actividad.

La empresa se asoció con japoneses en 1967, que trajeron un técnico en el procesamiento de carne. Extraída del animal, éste la congelaba y cortaba en trozos de un kilogramo, para luego meterlas en una bodega refrigerada, hasta

³⁴ Idem, p. 43.

el arribo de un mercante acondicionado para llevarla a Japón³⁵. Tuvo también un capitán japonés de mucha experiencia, llamado Kato. Era un hombre bajo y reservado, siempre alerta a lo imprevisible. Fondeaba su barco de tarde en tarde en el puerto de Lebu, para visitar los prostíbulos con algunos tripulantes, donde siempre eran bien recibidos. Era un enamorado del paisaje del Fundo Los Lobos y del contorno de Chome, cuya belleza no se cansaba de ponderar.

En la década de los setenta, se hacía evidente la disminución de la población mundial de cetáceos. Los días de abundancia y libre cacería quedaban atrás. Chile se reintegra a la Comisión Ballenera Internacional en 1979 y acepta la Moratoria, es decir, la prohibición de cazar ballenas³⁶. La legislación se hizo cada vez más estricta hasta que, en el año 1983, la Subsecretaría de Pesca decretó la veda de la ballena por 15 años. Ya la industria nacional estaba prácticamente en decadencia y operaba solamente Macaya Hermanos, que debió cerrar su planta faenadora, ubicada en Chome.

En los jardines de la Universidad de Concepción, frente a la Facultad de Ciencias Naturales y Oceanográficas, se encuentra el esqueleto de una hembra juvenil de Rorcual Común de 17 metros de largo y 30 toneladas de peso. Corresponde a la última ballena cazada en el golfo de Arauco. Ocurrió el 21 de mayo de 1983.



Rorcual cazado por Macaya en 1983, expuesto en los jardines de la Universidad de Concepción.

En Chomé, quedaron abandonadas a la incertidumbre las familias de pescadores que habían llegado desde la isla Santa María. En 2004, por

³⁵ Idem, p. 60.

³⁶ Cfr., Revista Caleuche, n° 11, año 3, 1994, *Chile se convierte en Santuario Ballenero*, Annemarie Balde; Salvo, op. cit., p. 66.

fortuna, fue adquirida parte de la caleta, para que se radiquen los descendientes de los antiguos trabajadores de la ballenera. Estos viven del mar y continúan usando la enorme rampa por la que se izaban los cetáceos, para sus botes de pesca. Se ha mejorado la escuela y los caminos. Las instalaciones abandonadas, sin embargo, constituyen un espectáculo desolador.

Concluida la actividad industrial, notable por tantos aspectos, se hace necesario preservar la memoria. Algo se ha avanzado. El 1° de octubre de 1993, se formó en Talcahuano la Corporación Cultural Ballenera Juan Macaya Aravena, “para perpetuar el nombre del patriarca del desarrollo pesquero y ballenero del centro sur de Chile”³⁷.

La finalidad de la Corporación es instalar en Chome un Museo Ballenero destinado a entregar a los jóvenes cultura ballenera. Se busca convertir al sector de Chome en un polo de atracción turística para chilenos y extranjeros, que puedan disfrutar las bellezas de la península de Hualpén.

Esta loable iniciativa requiere más apoyo público y privado. Es necesario preservar los testimonios materiales de la actividad ballenera, hoy víctimas de la indolencia y el despojo. Junto con ello, deben reunirse y ponerse a disposición de la comunidad los relatos y vivencias de los tripulantes, así como información científica sobre estos nobles mamíferos. Sólo así podremos valorar adecuadamente el valioso patrimonio natural y cultural que la actividad ballenera representa, mientras aguardamos el regreso de las ballenas majestuosas a las bahías de Concepción y de Arauco.

³⁷ La Corporación obtuvo su personalidad jurídica mediante Decreto n° 798 del Ministerio de Justicia de 2 de septiembre de 1997. Su primer Directorio lo integraron Juan Hernández Aguayo, presidente; Hugo Carvallo Osorio, vicepresidente; Luis Salvo González, Secretario General; Sara Retamal Velozo, Secretario de Actas; Carlos Aguilera Mitchell, Tesorero; Humberto Delgado Jara, Protesorero; y Anselmo Macaya S., María Soledad Canales L., Jorge Macaya S., Agustín Fierro C., Isaac Macaya L. y Gladys González V., Directores.